

“Planificar, programar y preparar son verbos que se utilizan para designar, en el desarrollo y la aplicación del currículum, un conjunto de contenidos y actividades pensadas para ser desarrolladas en un futuro próximo con el fin de conseguir unos objetivos concretos preestablecidos” (Imberón, p. 79).

Los autores ven como absolutamente necesaria la programación de aula porque: ayuda a eliminar el azar y la improvisación negativa, los programas incompletos; evita caer en la pérdida de tiempo; sistematiza, ordena y concluye el esfuerzo colectivo realizado en el proyecto curricular; y permite adaptar el trabajo pedagógico a las características culturales y ambientales del contexto.

Para los autores esta programación ha de ser: “El último eslabón de un proceso que unifica, estructura la tarea educativa, teniendo en cuenta los contenidos, de acuerdo con la metodología, los medios y el material disponible, en función de unos objetivos a conseguir, partiendo de un diagnóstico previo del alumno y del medio ambiente” (p. 87).

El último capítulo del libro lo dedican a ilustrar un ejemplo de planificación, desde el Proyecto Educativo de Centro, pasando por el PCC a la Programación de Aula. Se ciñen a unos cuantos ejemplos de los diversos componentes de cada documento, y los relacionan de un documento a otro.

Un libro clarificador

La pretensión del libro de aclarar y ayudar a entender mejor la puesta en práctica del currículum a través de los documentos que se señalan en la Reforma, parece cumplirse sólo en parte.

Hay una serie de indicaciones razonables sobre cómo elaborar algún documento, sobre su importancia realmente práctica; pero se tiene la impresión de que los autores no acaban de aterrizar en la realidad de los centros educativos, cuando ven factible la elaboración a conciencia de todo lo que se pretende, y sobre todo que esos documentos sean de verdad eficaces.

A pesar de todo, el libro es clarificador, oportuno en estos momentos, cuando en las escuelas ya hay que saber las tareas concretas de la Reforma; y práctico, porque da ejemplos y propuestas concretas, que si bien no se pueden aplicar al pie de la letra, sí servirán de guía y orientación.

Núria Sanahuja Costafreda

Aebli, H. (1991): Narcea. *Factores de la enseñanza que favorecen el aprendizaje autónomo*. Madrid. 365 pp.

La obra de Hans Aebli se articula, como segundo tomo autónomo, con *12 formas básicas de enseñar*. Hans Aebli trabajó muchos años en formación y

perfeccionamiento del profesorado. El apoyo en la psicología de Piaget y Bruner y su empeño en partir de la experiencia de la cotidianeidad hacen de la obra del profesor Aebli una fuente de fundamentación teórica y reflexión a la vez que una ayuda imprescindible para los docentes de los diversos niveles y etapas educativas, incluso para el Profesor de Universidad, pues aunque varían los contenidos, los procesos de aprendizaje siguen siendo los mismos. Esta obra, juntamente con *12 formas básicas de enseñar*, está destinada al aprendizaje de la didáctica.

La obra está estructurada en siete partes, presentadas bajo títulos sugerentes, a través de los cuales el autor nos introduce en su particular cosmovisión de la enseñanza y del aprendizaje.

¿Es divertido aprender?, ¿es divertido enseñar?, ¿por qué entonces resulta con frecuencia tan poco divertido para el alumno aprender y para el maestro enseñar? Todas éstas, y otras más, son preguntas de la primera parte de la obra con el título “Enseñar: Conducir del hacer al aprender”, a las que Aebli va a responder. Con un tratamiento global y analítico, el autor se pregunta cómo se aprende en las situaciones de la vida y qué se necesita para aprender en las situaciones escolares, cómo deberían configurarse escuela y clase para que sean atractivas, qué papel y qué forma deben revestir los programas para que sean aceptados con entusiasmo por los alumnos, y cómo se debe organizar el contexto del aprendizaje para que sea atractivo a todos los participantes –profesores y alumnos–. La palabra clave es, en este caso, *actividad*, pero ¿qué tipo de actividades? Aebli sugiere una taxonomía de ocho actividades que se corresponden respectivamente con ocho ámbitos de aprendizaje: actividades relacionadas con las cosas, actividades sociales, actividades prácticas o productivas, actividades representativas o de reconocimiento, actividades reales y actividades simbólicas.

Entre todos ellos el aprendizaje social requiere un tratamiento más profundo. A ello va destinada la segunda parte: “Aprendizaje social: El trato con el otro, con el grupo y con las instituciones”. Frente a la escuela actual que tiene el defecto de dar primacía a las actividades orientadas a cosas, simbólicas y representativas, se defiende una escuela orientada a la cotidianeidad práctica. La escuela debe tomar conciencia no sólo por las disciplinas científicas, sino también por todos los ámbitos de la actividad humana, por lo cual se debe favorecer el aprendizaje social. La gran aportación del autor es la descripción del aprendizaje social en cuatro círculos vitales –la familia, la escuela, el mundo del estado y de la política, el mundo de la economía y de las actividades laborales– y sus relaciones con la ética.

A continuación aborda el problema de la motivación para el aprendizaje y del aprendizaje de los motivos, problema crucial que se plantea todo profesional de la enseñanza. Aebli nos muestra cómo hay que abordar este problema y qué hay que hacer para interesar a los alumnos en la clase y despertar en ellos intereses y valores, pues, en definitiva, la formación de intereses y de valores no es sólo un objetivo importante del aprendizaje, sino que es lo que finalmen-

te perseguimos con la enseñanza. Educar y enseñar significan también aprendizajes de motivos, formación de intereses y de valores.

Ligado estrechamente con la motivación está el problema de aprender a aprender, que conforma la cuarta parte de la obra. ¿Para qué aprender a aprender? y ¿aprender a aprender qué? Con un sentido realista y crítico el autor contesta a estos interrogantes al tiempo que plantea cómo los problemas de la psicología social y de la psicología de la personalidad y las implicaciones de las teorías del aprendizaje inciden en el aprendizaje autónomo. Asimismo, expone abiertamente su didáctica del aprender a aprender que tiene como fundamento los tres pilares del aprendizaje autónomo: saber, saber hacer y querer. Las sugerencias de Aebli no deben considerarse como recetas mágicas, sino más bien son pautas de reflexión y de actuación que todo maestro debería abordar si quiere favorecer el aprendizaje autónomo. Como subraya el autor el aprendizaje autónomo debe ser cultivado en todas las asignaturas y por cada uno de los profesores. Asimismo, cada trabajo individual y cada deber para casa deben ser una oportunidad para el aprendizaje autónomo.

Una quinta parte de la obra se ocupa del tema crítico de la autoridad y de la disciplina en la escuela. Si bien el autor expone sus opiniones con las que el lector puede o no estar de acuerdo, su lectura desencadena una discusión ulterior.

En la sexta parte se abordan las cuestiones concernientes a los planes de enseñanza y los objetivos de aprendizaje. La gran aportación de Aebli es el modelo de un doble hilo conductor, de praxis y teoría, con los campos de problemas y de aplicación en el primero y los campos de teoría en el segundo, intentando conciliar las posiciones opuestas de los planes de enseñanza y los objetivos de aprendizaje orientadas por la acción, frente a los orientados por la teoría.

Por último, en la séptima parte, que se refiere a los exámenes y a la asignación de notas, se expone abiertamente la necesidad de que los exámenes deben estar mucho más orientados a los objetivos de aprendizaje, de lo que se viene haciendo hasta ahora. Asimismo, otra aportación de la obra es la necesidad de que se hagan propuestas positivas en torno a la solución de los problemas de las notas, y no sólo que se investigue y se reniegue de las deficiencias de los sistemas habituales de calificación. Dado que con el descubrimiento de las debilidades de los exámenes y de la asignación de notas no se mejora el mundo.

La necesidad de tomar en consideración, más allá de la praxis inmediata de la enseñanza, los grandes nexos y las estructuras profundas de la escuela y del aprendizaje, hace que la obra esté dirigida principalmente a la formación permanente del profesor ante los cambios sociales y educativos que se avecinan en el momento actual. A la inversa, hay también muchos pedagogos y teóricos de la escuela que quisieran aproximarse a la praxis de la enseñanza y, en este sentido, se encuentra también la utilidad de la obra de Hans Aebli, ya que precisamente se sitúa en el umbral que media entre la didáctica y la pedagogía. En resumen: podríamos decir que la obra va dirigida a los dos: al educador interesado en la práctica y al interesado en la teoría. A ambos les plantea una tarea

ulterior: el didacta tiene que concretar las concepciones planteadas en el libro y el pedagogo debe profundizar en la reflexión sobre los fundamentos.

A mi juicio, uno de los muchos atractivos de esta obra suya es al riqueza de los interrogantes y las reflexiones, así como de las medidas pedagógicas y didácticas que el autor ofrece de una manera clara y práctica al maestro. A lo largo de todo el libro, el autor recuerda al maestro que los alumnos aprenden cuando las actividades escolares están relacionadas con el mundo extraescolar y con los motivos profundos de los alumnos. Por ello, otra aportación fundamental de esta obra es el enfoque del aprendizaje desde la perspectiva del alumno. Y éste ha sido un giro importante en la investigación en los últimos años, unido al de plantear los estudios de aprendizaje en relación con el ámbito específico del aula.

Finalmente sólo nos queda decir acerca del rigor y del lenguaje con que está escrita y redactada la obra, pues, aunque está primordialmente dirigida a los profesores, resulta accesible a un amplio sector de profesionales interesados por las cuestiones de la enseñanza y el aprendizaje autónomo.

M^a del Pilar Sánchez Hipola